

LIBRO OCTAVO.

CARTA PRIMERA.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Después de remitirte mi carta recibí una de Pompeyo conteniendo la relación que da Vibulio de las operaciones del Piceno y de las levás de Domicio, cosas que ya conoces; pero que en esta carta aparecen bajo aspecto menos favorable que en el relato de Filótimo. Te enviaría la carta si el mensajero de mi hermano pudiese esperar un momento. Mañana la recibirás. Pompeyo ha escrito al pie: «Creo que debes trasladarte á Luceria: en ninguna parte puedes estar con más tranquilidad.» Por esto he comprendido que trata de abandonar las plazas de esta costa; y no debe extrañarse que así sea, puesto que, habiendo sacrificado la cabeza, lo mismo debe hacer con los miembros (1). En seguida le he contestado por medio de un hombre fiel, que no me preocupa mi seguridad; que si por interés suyo ó por utilidad de la República me mandaba á Luceria, mar-

(1) Cicerón entiende por cabeza Roma, y por los demás miembros las ciudades del litoral de la Campania. Pompeyo se acercaba á las costas del Adriático, y al instalarse en Luceria, á donde llamaba á Cicerón, se preparaba á huir hacia Brindis, esperando llevarle con él.

charta en seguida. Exhortábale á que conservase la costá para el caso en que fuese necesario traer trigo de las provincias. Demasiado sabía que perdía el tiempo; pero de la misma manera que al abandonar á Roma, quiero dar hoy mi opinión en contra del abandono de Italia. Veo que se reconcentra sobre Luceria, y no para apoyarse en ella, sino para tener puerto abierto á la fuga, si nos estrechan demasiado. No extrañes, pues, si me ves ingresar tan á disgusto en un partido en el que nada se hace para tratar ó para vencer, y en el que solamente se sabe huir desastrosa é ignominiosamente. Necesario es, sin embargo, porque más vale sufrir con él todo lo que le depare la fortuna, que aparecer separado del partido de los hombres honrados. Sea como quiera, veo á Roma poblada de hombres honrados, es decir, acomodados, ricos; y si evacuamos las ciudades municipales, quedará repleta. Entre ellos me encontraría yo, si no tuviese estos molestísimos lictores. Me resignaría gustoso á tener por compañeros á M. Lépidó, L. Volcacio y Servio Sulpicio, de los que ninguno es tan nulo como Domicio, ni tan aturdido como Appio (1). Solamente me retiene Pompeyo, por agradecimiento y no por consideración. ¿La merece efectivamente, cuando se apasionaba por César en la época en que César nos atemorizaba, y ahora que él tiene miedo pretende que todos seamos enemigos de César? Iré, sin embargo, á Luceria. Tal vez me agradecerá muy poco que vaya, porque no le ocultaré mi disgusto por todo lo que se ha hecho. Si pudiese dormir, no te molestaría con cartas tan largas. Págame en la misma moneda, si te encuentras en igual caso.

(1) Appio Claudio Púlquer. Todos estos personajes eran consulares, de los cuales los tres primeros, Lépidó, Volcacio y Sulpicio, se inclinaban á César; y los otros dos, Domicio y Appio, permanecían fieles á Pompeyo.

CARTA H.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Todo me ha agradado mucho: que me hayas escrito lo que sabes; que no hayas dado crédito á lo que no era digno de mí, y que me hayas hablado con claridad. Verdad es que escribí una vez á César desde Capua, contestando á una proposición suya relativamente á mis gladiadores. Mi carta era corta, amable para César, pero redactada al mismo tiempo en términos muy honrosos para Pompeyo, y muy ajena de contener algo que le fuese ofensivo. Empleaba el tono del que quiere buscar conciliación. ¿Ha comunicado á alguien esta carta César? Que la publiquen; es lo que deseo. Otra vez le he escrito en el mismo día que á tí. No podía prescindir de hacerlo, después de lo que él me ha escrito y hecho á Balbo que me escriba. Te remito copia de esta carta, y creo que no encontrarás nada censurable en ella. En caso contrario, dime qué hay que hacer para evitar tus repreciones.—No escribas, me dirás; ese es el medio de quitar todo pretexto á las murmuraciones.—Seguiré el consejo en cuanto sea posible. Me exhortas á no olvidar lo que he hecho, dicho ó escrito. Ese lenguaje es amistoso y te lo agradezco mucho. Pero veo que en esta circunstancia apreciamos de diferente manera lo que el deber y el honor exigen de mí. En mi opinión, nunca, en ningún pueblo, general ó jefe de la república cometió falta más grave que la que ha cometido nuestro amigo. Le compadezco. No vió que salir de Roma era abandonar la patria, y que morir por ella y en su seno es la muerte más hermosa. Paréceme que no comprendes la extensión de nuestra desgracia. Y es que permaneces en tu casa, donde

no estarás más de lo que plazca al más perverso de los hombres. ¿Existe mayor miseria, ignominia mayor? Vagamos privados de todo con nuestras esposas y nuestros hijos. Nuestras esperanzas se cifran en un solo camino, seriamente amenazado todos los años: hemos dejado la patria, no por fuerza, sino por obediencia; no para verla otra vez, sino para dejarla entregada á las llamas y al pillaje. Tan grande es la multitud en derredor nuestro, que Roma, sus arrabales, los caseríos que la rodean, todo está desierto. Los que permanecen aún allí no estarán mucho tiempo. Ya no es á Capua, es á Luceria donde debemos marchar. Muy pronto abandonaremos la costa y esperaremos á Afranio y á Petreyo. Sabino carece de consideración. Me dirás:—Como hables, así hablarán de ti.—De mí mismo no digo nada; que me juzguen. Pero ¿quién tiene consideración entre nosotros? Tú y todos los hombres de bien permanecéis en vuestras casas. ¿Quién se me ha presentado? ¿Quién viene á arrostrar la guerra? porque así hay que llamarla.

Hasta ahora Vibulio ha hecho las cosas mejores (1). Lo sabrás por la carta de Pompeyo: fijate en el párrafo donde se encuentra la palabra $\delta\iota\pi\lambda\eta$. Verás lo que el mismo Vibulio piensa de nuestro Cneo. ¿A qué tiende este discurso? Helo aquí. Pronto estoy á morir por Pompeyo. Le aprecio más que nadie; pero no creo que resida en él solo la salvación de la patria. Paréceme que te contradices algo al aconsejarme que abandone la Italia si Pompeyo la abandona (2). No veo lo que ganarían en ello la República ó mis hijos, ni tampoco lo que hay de bueno y honesto en este partido. Pero, ¿cómo? «¿Podrás soportar la presencia del ti-

(1) Esto es una ironía. Vibulio, enviado por Pompeyo al Ficeno, encontró todas las plazas en poder de César, y él mismo fué cogido poco después en Corfinio con Domicio.

(2) En efecto, Atico le había aconsejado primeramente que permaneciese en Italia y que guardase al menos neutralidad.

rano?» ¿Qué diferencia hay entre verle y saber que existe? No puedo alegar mejor ejemplo que el de Sócrates. Atenas tuvo treinta tiranos á la vez, y Sócrates no salió de Atenas. Otra razón tengo para permanecer aquí, y ¡ojalá pudiese hablarte de ella! Hoy, xiii de las kalendas, te escribo á la luz de la misma lámpara en que he quemado tu carta. Partiré de Formiano para reunirme con Pompeyo, si se ajusta la paz; pero si estalla la guerra, ¿qué haré?

CARTA III.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Conturbado por estas grandes y deplorables cosas, no pudiendo hablar contigo, voy á consultarte por escrito. Necesario es decir qué haré en el caso, para mí muy probable, de que Pompeyo abandone la Italia: y con objeto de que puedas decidir con mas facilidad, voy á exponerte brevemente las diferentes razones que combaten mi ánimo. Por una parte, cuando considero que Pompeyo es mi libertador y amigo, y que en último caso su causa es la de la República, paréceme que no puedo adoptar otro partido y que debo unir mi suerte con la suya. Además, si permanezco y me separo de tantos ciudadanos distinguidos por su rango y virtud, necesariamente habré de caer bajo el poder de un hombre solo. Verdad es que me tributa muchas muestras de amistad, y que, como sabes, he cuidado desde mucho tiempo atrás de guardarle consideraciones. viendo venir de lejos la tempestad que va á estallar sobre nosotros (1). Sin embargo, debo examinar ante todo hasta

(1) Cicerón no solamente había guardado desde mucho antes consideraciones á César, previendo, como él dice, la tempestad que iba á estallar, sino que le había acariciado, amado, idolatrado, estas son sus palabras, cuidando tanto de mostrarle sus sentimientos como de que no se enterase de ellos Pompeyo.

qué punto puedo fiar de él; y en seguida, aunque quedase completamente seguro de sus disposiciones, si un hombre honrado y buen ciudadano puede dejar repentinamente de pertenecerse en un Estado donde ha ocupado los primeros puestos, donde ha realizado hechos brillantes y donde actualmente se encuentra revestido de augusto sacerdocio. Además, arriesgaría mucho, y ciertamente con deshonor, si Pompeyo consiguiese restablecer el orden. A estas razones pueden oponerse estas otras.

Hasta el presente, Pompeyo no ha mostrado prudencia ni resolución; y añado que ha obrado en todo en contra de mis consejos é influencia. Podría recordar el pasado y demostrar que él es quien verdaderamente ha dado vida á César, quien le ha hecho robustecerse y armarse en contra de su patria; que de él ha aprendido César la indigna audacia de hacer aprobar leyes por la violencia y en contra de los auspicios; que él es quien hizo reunir á su provincia la Galia Transalpina; que él es quien quiso ser yerno suyo; que es él quien desempeñó las funciones de augur en la adopción de Clodio; que si influyó para mi llamamiento, se opuso muy poco á mi destierro; que hizo prorrogar á César su gobierno; en fin, que sirvió á César ausente en toda ocasión, y hasta durante su tercer consulado, cuando comenzó á presentarse como defensor de la República. El fué quien se empeñó decididamente para que los diez tribunos propusiesen el decreto que permitía á César pedir el consulado sin presentarse en Roma, cosa que confirmó por una ley suya; oponiéndose después á M. Marcelo cuando el día de las kalendas de marzo quiso que se adjudicasen las Galias.

Pero sin detenerme en esto, ¿vióse jamás pánico más indigno que esta retirada, ó por mejor decir, vergonzosa fuga? ¿Qué condiciones no eran aceptables antes que abandonar la patria? Convengo en que las condiciones eran muy malas; pero ¿hay algo peor que el estado en que nos encon-

tramos? Diráse: — Pompeyo podrá levantarse.—¿Cuándo? ¿qué tiene preparado que sea parte á producir tan bellas esperanzas? ¿No hemos perdido el Piceno? ¿no está abierto el camino de Roma? ¿no hemos entregado al enemigo todos los bienes de los particulares y todo el dinero del tesoro público? En fin, ¿dónde está nuestro partido? ¿dónde nuestras fuerzas? ¿en qué punto pueden reunirse los defensores de la República? Hanse retirado á la Apulia, la comarca de Italia más pobre y más lejana del centro de operaciones; ¡hermoso plan que deja ver el propósito de reservarse para el último extremo retirada por mar! A pesar mío acepté el cargo que me daban en Capua, no porque retrocediese ante mi deber, sino porque no encontraba ningún atractivo, no viendo aquí ni en los órdenes ni en los particulares sombra de dolor manifiesto. Un poco existe sin duda en el corazón de los buenos ciudadanos; pero, como siempre, es ciego y estéril; y como había previsto, la multitud y los que nada tienen se inclinan á César, deseando el mayor número profundo cambio de cosas. Yo he declarado á Pompeyo que nada emprendería si no me suministraba dinero y tropas. Y, en efecto, no he intervenido en ningún asunto, porque desde el principio ví que solamente se pensaba en huir de Italia. Si marchó como los otros, ¿dónde embarcarme? ¿Con Pompeyo? no hay que pensarlo. Cuando iba á reunirme con él en Luceria, he sabido que César se encontraba por aquella parte y que no había seguridad para mí. Necesario será, pues, en lo más recio del invierno surcar como pueda el Mediterráneo. Pero ¿habré de partir con mi hermano ó sin él? ¿Debo llevar conmigo á mi hijo? ¿cómo? Por todas partes iguales dificultades, igual desolación. ¿Y no ves á César, encontrándonos ausentes, arrojarse sobre nuestros bienes, más furioso contra nosotros que contra los otros, porque creerá hacerse popular por este medio? ¿Y cómo arrastrar fuera de Italia estos haces laureados, estas cadenas que llevo en los pies? Y

aunque encontrásemos mar apacible, ¿dónde podré hallar seguridad hasta que me reuna con Pompeyo? ¿dónde encontrarle? ¿qué camino debo seguir? Todo lo ignoro. Si permanezco en Italia y en ella encuentro un paraje donde poder respirar, no haré otra cosa que lo que hicieron, durante la dominación de Cinna, Filippo, L. Flacco y Q. Mucio (1). Verdad es que Mucio pereció allí, pero ya lo esperaba y prefirió exponerse á todo que venir á sitiar á su patria. Trasíbulo obró de otra manera, y tal vez mejor (2). Pero la conducta de Mucio y la de Filippo pueden defenderse también; debiéndose, según las circunstancias, ó ceder á la necesidad, ó no dejar perder la ocasión que se presente. Sin embargo, los haces van á estorbarme también para esto. Porque si César me es favorable, cosa insegura, pero que yo supongo, me ofrecera sin duda el triunfo. Peligroso será no aceptarlo de su mano, y la aceptación me enemistaría con los hombres honrados. ¡Qué inextricable laberinto!—Necesario es salir de él, me dirás, pero—¿cómo? En último caso no creas que me inclino á permanecer aquí porque he dado más razones acerca de esto; en esta cuestión puede acontecer, como en tantas otras, que la idea más controvertida no es la que se cree mejor. Te ruego me contestes como á hombre que te consulta con profunda indiferencia. Tengo dos naves preparadas; una en Cayeta, la otra en Brindis.

Cuando escribía esto en Calvi, antes de amanecer, recibo

(1) Después de la muerte de Mario, y bajo el mando de L. Cornelio Cinna, la mayor parte de la nobleza romana se refugio al lado de Sila; pero los consulares L. Marcio Filippo y L. Valerio Flacco, así como también Q. Mucio Scévola, pontífice máximo, no quisieron empuñar las armas y permanecieron en Roma. Mucio fué muerto cuando abrazaba el altar de Vesta; y su sangre habría apagado el fuego si con desespera lo esfuerzo no se hubiese arrastrado á la víctima fuera del santuario.

(2) Sabido es que libró á Atenas de los treinta tiranos.

noticias muy diferentes. Dícenme que César está delante de Corfinio, y Domicio en la plaza con un cuerpo bastante considerable de tropas que no desean más que combatir. No creo que Pompeyo llegue hasta á abandonar á Domicio, aunque ha enviado ya á Escipión á Brindis con dos cohortes y escrito á los cónsules que era necesario pasase uno de ellos á Sicilia con la legión que ha levantado Fausto (1); pero sería demasiado vergonzoso para él abandonar á Domicio, que le llama en su socorro. Propálanse además aquí otras noticias que se creen seguras y de las que yo dudo: que Afranio ha forzado los Pirineos, defendidos por Trebonio (2), y que tu amigo Fabio ha pasado con sus tropas á nuestro bando; en fin, que Afranio avanza con fuerte ejército. Si esto es cierto, podemos muy bien permanecer en Italia. Como se ignoraba si César marcharía del lado de Capua ó hacia Luceria, he mandado á Lepta con mi contestación á Pompeyo, y he regresado á Formiano temiendo caer en manos del enemigo. Esto es cuanto puedo decirte, y te lo he escrito con ánimo más tranquilo que al comenzar, no añadiendo ningún juicio mío y esperando el tuyo.

CARTA IV.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Dionisio, que es mucho más tuyo que mío, porque le conozco, aunque acato tu opinión acerca de él, acaba de demostrar muy poco respeto á tu recomendación. Ya me trata como si me encontrase en el estado en que supone ha de colocarme muy pronto la fortuna; esa fortuna, sin

(1) El dictador Sila tuvo dos hijos gemelos: Fausto, del que se trata aquí, y Fausta, que casó con Milón.

(2) G. Trebonio, legado entonces de César en España.

embargo, que yo sabría sujetar, si tal cosa dependiese de la prudencia humana. ¡Cuántas atenciones y deferencias le he tenido! ¡cuánto he hecho para que ese hombre que nada era pudiera aparecer ventajosamente! A pesar de las observaciones de mi hermano y de la general censura, en todas partes le he ensalzado: heme constituido en preceptor de nuestros Cicerones antes que buscarles otro maestro. ¡Qué carta le he escrito, Dioses inmortales! ¡qué frases de estimación y afecto le he prodigado! no se hubiese dicho, más á fe mía, á un Dicearco ó un Aritoxenes (1). ¡Y es el charlatán más vacío y más incapaz de enseñar! Pero tiene buena memoria. Yo le haré ver que la mía es mejor. Hame contestado en verdad en el tono con que yo no rechazaría ninguna causa. Siempre he acostumbrado á decir: *si puedo, si un compromiso anterior no me lo impide*. Jamás reo alguno, por odioso, vil y criminal que fuese, recibió de mí negativa tan terminante como la que he recibido yo de ese hombre: una negativa seca y sin rodeos. Nunca ví ingratitude semejante. Este vicio comprende todos los demás. Pero ya he hablado demasiado de él. Tengo una nave dispuesta; pero aguardo carta tuya que responda á mis dudas. Sabes que C. Accio Peligno ha abierto á Antonio las puertas de Sulmona (2), donde se encontraban cinco cohortes con Q. Lucrecio, que ha conseguido salvarse. Pompeyo va á llegar á Brindis completamente solo. Esto es asunto concluido.

(1) Aristoxenes de Tarento, discípulo de Aristóteles. Quedan de él tres libros acerca de la música. Era filósofo y músico á la vez, teniendo esto de común con Dicearco, otro discípulo de Aristóteles, que no pudiendo concebir lo que es el alma hasta cuando está unida al cuerpo, tomó el partido de negar que fuese algo real.

(2) El hecho no es exacto. Fueron los habitantes de Sulmona quienes abrieron sus puertas á Antonio, á pesar de Accio y de Lucrecio que mandaban en la plaza. Los dos se arrojaron desde las murallas: Lucrecio huyó, pero Accio cayó prisionero y le llevaron á César, que le despidió sano y salvo.

CARTA V.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

El VIII de las kalendas, antes de amanecer, te escribí una carta hablándote de Dionisio. Aquella misma tarde vino á verme. Sin duda debo esta visita al ascendiente que tienes sobre él. ¿Cómo explicarla, si no? Aunque no es cosa extraordinaria en él arrepentirse después de cometer una necedad. Pero nunca ha mostrado mayor pesar que en este asunto. No te dije, porque lo supe después, que á la distancia de tres millas le asaltó uno de sus accesos

Ὡλλὰ ματην κερᾶσσιν ἐς ἡέρα θυμῆναντα,

prodigándose maldiciones, según me dicen. Pero ¡admira mi mansedumbre! Había colocado en el paquete una carta muy agria para él, y se me ha ocurrido dispensarle de este disgusto, por cuya razón mando á Roma á mi mensajero Pólex (1) únicamente para recoger esa carta; y aprovecho la ocasión para rogarte que me la remitas en el caso de que te la hayan entregado, porque deseo que no llegue á sus manos.

Si ocurriese algo nuevo, te escribiría. Estoy pendiente del empeño de Corfinio, donde se decide la suerte de la República. Encontrarás un paquete con la dirección á M. Curio; remítéselo, y recomienda á Curio que cuide de Tirón y le proporcione, como yo le he rogado, el dinero que necesite.

(1) Esclavo de Cicerón.

CARTA VI.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Había cerrado ya mi útima, escrita por la tarde para remitirla (como en efecto lo hice) por la noche, cuando el pretor C. Sosio (1) llegó á Formiano, á casa de mi vecino M. Lépidó, de quien fué cuestor, trayendo copia de una carta de Pompeyo al cónsul Léntulo: *Me han entregado una carta de Domicio, el XIII de las kalendas de marzo (2). Te remito copia. Comprenderás, sin necesidad de decirlo, cuánto importa á la República no perder un momento para reconcentrar nuestras fuerzas: si nada se opone á ello, dispónte y ven á reunirte conmigo en seguida. No dejes en Capua más guarnición de la que creas necesaria.*

Al pie de esta carta iba la copia de la de Domicio, que te remití el día anterior. ¡Qué sorpresa para mí, Dioses inmortales! ¡Qué va á suceder? ¡tiemblo al pensarlo! Sin embargo, aun espero en el gran nombre de Pompeyo, y en el terror que debe precederle. Espero además..... (*El párrafo está mutilado*).

Acabo de saber que al fin te ves libre de la cuartana: te aseguro que no me alegraría más si se tratase de mí mismo. Dí á Pilia que no debe conservar la suya más tiempo, porque no sería justo, habiendo reinado siempre tanta concordia entre vosotros. Asegúranme que también se encuentra restablecido Tirón. Sé que ha tomado prestado de otros y no de Curio, á quien sin embargo había

(1) Tanto Sosio como el otro pretor. Lupo, estuvieron primeramente con Pompeyo, pasando poco después al partido de César.

(2) 17 de febrero.

rogado yo le diese cuanto dinero necesitara. Prefiero creer que esto ha ocurrido más bien por cortedad de Tiron que por falta de generosidad de Curio.

CARTA VII.

CICERÓN A ATICO, SALUD

Solamente falta á nuestro amigo, para concluir de deshonrarse, no socorrer á Domicio: nadie duda que acudirá en su auxilio; pero yo sí lo dudo.—¡Cómo! ¿abandonará á un ciudadano tan importante, y á tantos otros, teniendo treinta cohortes á su disposición?—Le abandonará, ó mucho me engaño. Su pusilaminidad es increíble. No piensa más que en huir: y este es el hombre á quien, según crees (porque sé que tal es tu opinión), debo unir mi suerte.

Veo en verdad de quién debo huir, pero no á quién debo seguir. Dices que pronuncié una frase memorable cuando dije: «Prefiero ser vencido con Pompeyo á vencer con los otros:» sí, pero con el Pompeyo de entonces, al menos tal como me parecía; no con el Pompeyo que huye sin saber por qué ni cómo, que ha entregado todo cuanto poseíamos, que ha abandonado su patria, y que está á punto de abandonar la Italia. Si lo deseé, lo he conseguido; vencido estoy. Por lo demás, ni podré jamás ver cosas que no hubiese creído posibles, ni á fe mía seguir á quien me ha arrebatado á los míos y hasta á mí mismo.

He escrito á Filótimo para el dinero del viaje. Lo tomará sea de Moneta (porque nadie paga), sea de los Oppios, tus comensales. Te escribiré con exactitud lo que ocurra.

CARTA VIII.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

¡Oh deshonra! ¡oh desgracia! porque creo que solamente existe desgracia en la deshonra. Alentó á César, y de pronto comienza á temerlo: no quiere la paz á ningún precio, y nada hace para la guerra. Helo fuera de Roma, pierde el Piceno por su culpa, se deja encerrar en la Apulia. Ya va á pasar á Grecia, y no se despide de nadie; ni una palabra acerca de resolución tan grave y tan extraña.

Pero he aquí que de pronto le escribó Domicio. Entonces dirige una carta á los cónsules; parece que el honor despierta en él, y que el héroe, vuelto en sí, va á exclamar:

«Sé lo que el deber y el honor exigen.

»Que vengan los peligros, me acompaña la justicia.»

Pero basta: ¡se perdió el honor! ¡el héroe está en camino de Brindis! Dícese que, en vista de esto, Domicio se ha entregado con todos los suyos (1). ¡Oh miseria! el inmenso dolor que siento me impide continuar. Espero tus cartas.

CARTA IX.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Me dices que mi carta se ha publicado, y no lo siento. Yo mismo había consentido que la copiasen muchos. Ante hechos como los acaecidos y los que se esperan, bueno es

(1) No se rindió Domicio, sino los habitantes de Corfinio, donde estaba encerrado.

que se tome acta de lo que he dicho en favor de la paz. Exhortando á un hombre como este, ¿qué cosa mejor podía decir para impresionarle, sino que la paz era obra digna su sabiduría? Verdád es que le llamé *admirable*, pero se trataba de salvar la patria. No he temido que se me tachase de adulador, cuando con mucho gusto me hubiese arrojado á sus pies. En cuanto á las palabras: *toma algún tiempo*, no se refieren á la paz. Quería hacerle reflexionar algo acerca de mi posición y mis deberes. Si declaro que he permanecido extraño á la guerra, además de que el hecho es público, he creído dar con esto más autoridad á mis opiniones. Por esta misma razón dije que su causa era justa.

Pero ¿á qué estas explicaciones ahora? ¡Ojalá hubiese conseguido algo! ¿Quieren leer mi carta al pueblo? Consiento en ello, ya que Pompeyo se atrevió á dar publicidad á la en que decía á César: *tus maravillosas hazañas*. ¡Maravillosas! ¿lo son más que las tuyas ó que las del Africano? Este es lenguaje de circunstancias. En fin, Pudeceo y tú, tales como sois, ¿saldréis á cinco millas á recibir á César? ¿de dónde viene? ¿qué hará? ¿Cómo va á hincharse su vanidad viéndoos, y á otros que piensan como vosotros, salir en tropel á recibirle, con la alegría en el rostro y felicitaciones en los labios! ¿Faltaremos al hacerlo? De ningún modo. Sin embargo, confundís las señales por las que pueden distinguirse los sentimientos verdaderos de los falsos. ¡Ah! ¡qué de senatusconsultos veo brotar desde aquí! Pero estoy diciendo más de lo que deseo.

Me propongo estar en Arpino la víspera de las kalendas (1), y después hacer una visita á cada una de mis queridas quintas, que no espero volver á ver. Algo de generoso hay en el partido que me aconsejas, y sin embargo, no olvidas en él la prudencia: me agrada mucho. Lépidó, con quien paso aquí todo el tiempo que puedo, por lo que me

(1) El último día de febrero.

está muy agradecido, nunca ha pensado salir de Italia, y Tulo mucho menos aún (1); porque sus cartas circulan y frecuentemente llegan á nuestras manos. Pero su ejemplo impresiona poco: no han entregado á la República tantas prendas como yo. Tus consejos pesan mucho más á fe mia (2), porque has encontrado el medio de atender á lo porvenir sin comprometer el presente. Pero te ruego me digas: ¿no es deplorable ver aplaudir á uno cuya causa es detestable, mientras que el otro solamente recoge odio cuando su causa es justísima? ¿que aquél reciba el nombre de salvador de sus enemigos y éste el de desertor de sus amigos? A fe mia; aunque amando á Pompeyo tanto como debo, ¿puedo aprobarle cuando abandona á tales hombres? Si es por miedo, ¡qué ignominia! Si, como algunos creen, es por cálculo, por robustecer su causa con la matanza de tantos varones preclaros, ¡qué espantosa política! Pero dejemos esto: tales recriminaciones aumentan nuestro dolor.

El v de las kalendas (3) por la tarde, Balbo el menor vino á casa; marchaba apresuradamente por camino de travesía hacia el cónsul Léntulo, á quien lleva una carta de parte de César, poderes y el ofrecimiento de un gobierno, para decidirle á regresar á Roma. Creo que no se conseguirá nada sin una entrevista. El mismo Balbo me dijo que nada deseaba tanto César como avistarse con Pompeyo; esto es lo que yo creo: y reconciliarse con él; esto ya no lo creo: y temo que toda esta clemencia se resuma en una crueldad sola. Sin embargo, Balbo el mayor (4) me escribe que

(1) Mamerco Emilio Lépidio y L. Volcacio Tulo, consulares los dos.

(2) El parecer de Atico era que, por el momento al menos, no abandonase la Italia Cicerón siendo incierto el porvenir.

(3) 24 de febrero.

(4) L. Cornelio Balbo, sobrino de L. Cornelio Balbo, á quien Cicerón llama Tartesio, y á quien, para distinguirlo del sobrino, llamaba también *mayor*.

César solamente desea vivir en paz y dejar el primer puesto á Pompeyo. Supongo que creerás esto. En el momento en que te escribo, hoy, v. de las kalendas, Pompeyo debe encontrarse en Brindis. Se ha adelantado con débil destacamento á las legiones de Luceria. Pero el otro es un prodigio de vigilancia, actividad y ligereza. Ignoro completamente lo que va á suceder.

CARTA X.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD

En el momento en que menos lo esperaba, ha venido á verme Dionisio y he hablado con él muy gustoso. Le he expuesto mi situación y le he rogado me diga francamente lo que piensa; añadiendo que no pretendía en manera alguna coartarle. Me contestó que no sabía en qué estado se encontraban sus negocios; que muchos deudores suyos no le pagaban. En cuanto á otros, no habían vencido todavía los plazos. Algo ha dicho también acerca de sus esclavos, como motivo para no permanecer conmigo. Necesario era conformarse y le he despedido: como preceptor de nuestros queridos Cicerones, deploro su marcha; pero veo partir sin pesar un hombre tan ingrato. He querido que sepas el juicio que me merece

CARTA XI.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Me consideras profundamente agitado, y en efecto lo estoy, pero no tanto como tal vez creerás. Se recobra la calma cuando se ha tomado una decisión, ó cuando se re-

conoce que cuanto más tensión tiene el ánimo, peor se discurre. Me limito á gemir; pero aunque estuviese lamentándome todo el día, nada podría adelantar y no honraria mucho á la filosofía y las letras. Así es que me he dedicado completamente á la consideración del carácter que tracé en mis libros y que encontraste tan claramente expresado. ¿Recuerdas á qué fin hago que se encaminen todos sus propósitos? Si no me equivoco, he aquí cómo hago hablar á Escipión en el libro quinto: «Así como el piloto debe proponerse buena travesía, el médico la curación de sus enfermos, el general la victoria; así también el que preside los destinos de la República debe proponerse la felicidad de sus conciudadanos. Que trabaje constantemente para dar al Estado poder, riqueza, gloria completa, sin apartarse de los caminos del honor y la virtud. Esta tarea quiero que realice, y no la hay más grande ni mejor entre los hombres.» Nuestro Cneo no conoció jamás esta tarea, y hoy menos aún. En un bando como en otro, solamente se aspira á ocupar el primer puesto: el objeto no es hacer á la República feliz y respetada. Si Pompeyo ha desertado de Roma, no es porque no haya podido defenderla; si abandona la Italia, no le obliga la necesidad, sino que, desde el principio, su único pensamiento ha sido trastornar la tierra y los mares, sublevar los reyes bárbaros, inundar Italia de pueblos salvajes armados y reunir bajo su mando innumerables soldados. El poder á la manera de Sila: esto es lo que desea y todo lo que pretenden los que le rodean. ¿Acaso crees que era imposible toda inteligencia, todo pacto? En el momento presente es posible todavía. Pero ninguno de los dos se cuida de nuestro bien: lo que quieren es mandar.

Deseas saber qué pienso acerca de los males que nos amenazan: helo aquí brevemente. Seré profeta, querido Atico, sin estar inspirado, como aquella á quien nadie quería creer, pero mi propio criterio me hace prever.

Ya el inmenso mar... (1)

Podría continuar por largo tiempo en este tono: tan espantosa se me presenta la lista de nuestras desgracias. La posición de los que hemos permanecido aquí es más desastrosa todavía que la de los que han cruzado el mar. Aquéllos solamente de un lado pueden temer; nosotros podemos temerlo todo de los dos.

¿Por qué nos quedamos? dirás. ¿Por qué? tú mismo lo has querido. Era ya demasiado tarde; quizá era este el mejor partido. Pero llega el verano y verás á la desgraciada Italia hollada, desgarrada por hordas de soldados y de esclavos armados que los dos rivales se lanzarán á porfía. Por mi parte, menos temo la amenaza de dar rienda suelta al populacho, de que se habló en Luceria, (2) que la total ruina de la República: ¡tan terrible será la lucha y espantoso el choque! Esto es lo que preveo; y si crees que te reservo algún consuelo, no lo tengo. Porque no es posible imaginar nada más desgraciado, más lamentable, y horrible que nuestra situación.

Me preguntas qué me escribe César: siempre lo mismo: que me agradece muchísimo mi neutralidad y que me ruega continúe fiel á ella. El mismo lenguaje que emplea Balbo el joven. Este marcha con una carta de César para el cónsul Léntulo. Le lleva lisonjeras promesas para hacerle regresar á Roma; pero, según mis cálculos, Léntulo habrá atravesado el mar antes de que pueda alcanzarle Balbo.

He recibido dos cartas de Pompeyo. Quiero que compares su laconismo con la complaciente extensión de mis respuestas.

(1) Este es el principio de una predicción que un poeta desconocido, Ennio quizá, pone en boca de la hija de Príamo.

(2) Decíase en la comitiva de Pompeyo, y él mismo lo decía también, que consideraría traidor al que no le siguiese y permaneciera neutral. César procedía al contrario; consideraba partidario suyo al que no le era contrario.

César marcha por la Apulia hacia Brindis. Estoy impaciente por saber lo que resultará. ¡Ojalá suceda como con la irrupción de los Parthos! (1) Te escribiré cuanto sepa. Por tu parte entérame de lo que dicen los hombres honrados. Dícese que afluyen en este momento á Roma. Sé que no te presentas en público, pero es imposible que no te enteres de muchas cosas.

Recuerdo que Demetrio, de Magnesia, quería ofrecerte su libro *sobre la Concordia*. Deseo que me lo remitas. Ya ves lo que medito.

»Cneo el Grande, procónsul, á M. T. Cicerón, imperator, salud.

»Q. Fabio ha llegado aquí el iv de los idus de febrero, y me anuncia que L. Domicio está en marcha con sus once cohortes (2) y las catorce que ha traído Vibulio. Debía partir de Corfinio el v de los idus de febrero (3), siguiendo su movimiento Hirro al frente de sus cinco cohortes. Mi parecer es que debes venir á reunirme conmigo en Luceria (4), creyendo yo que en ninguna parte puedes estar más seguro.»

(1) Después que los Parthos, derrotados bajo los muros de Antioquia, repasaron el Eúfrates, temió Cicerón que volviesen otra vez á la provincia, y hablaba de ello en todas las cartas que escribía de Cilicia á Roma como de hecho realizado. Sin embargo, los Parthos no volvieron.

(2) Esta carta á Cicerón se retrasó mucho, y cuando la recibió no estaba ya Domicio en Corfinio, como tampoco Vibulio, los dos eran prisioneros de César.

(3) 9 de febrero.

(4) Pompeyo había invitado ya en los mismos términos á Cicerón á que fuese á reunirse con él á Luceria; aquí reitera la invitación. La primera vez la escribió al pie de un parte de Vibulio que le enviaba Pompeyo; ahora es objeto de una carta.

«M. Cicerón, imperator, á Cneo el Grande, procónsul, salud.»

»Recibí tu carta en Formiano el xv de las kalendas de marzo (1). Las operaciones del Piceno aparecen en ella bajo aspecto más ventajoso que las presentaba el rumor que corrió al principio, reconociendo yo con placer el valor y actividad de Vibulio. Hasta este momento he tenido constantemente una nave preparada en la costa de mi mando, porque, según lo que oigo decir y lo que temo, he querido estar dispuesto siempre á ejecutar tus órdenes, cualesquiera que fuesen. Ahora es indudable que, gracias á la prudencia de tus medidas, nuestra posición va á mejorar. Si crees que puede defenderse á Terracina (2) y la costa, permaneceré aquí á pesar de que no hay guarnición en ninguna plaza. No se encuentra aquí nadie de nuestro orden, exceptuando M. Eppio, hombre activo y de recursos, que he tenido que dejar en Minturno. L. Torcuato ha salido de Formiano, donde necesitábamos mucho de su valor é influencia. Supongo que ha marchado á reunirse contigo.

»Marché puntualmente á Capua, según tu deseo, el mismo día de tu partida de Teano Sidicino (3) para la operación de que me habías encargado de acuerdo con el propretor M. Considio. A mi llegada ocupábase activamente de las levadas T. Ampio (4), y Libón, aplicándose á organizarlas con

(1) 15 de febrero.

(2) Ciudad situada entre Formiano y las lagunas Pontinas: P. Rutilio Lupo mandaba en ella con tres cohortes. Poco tiempo después salió, y los soldados le abandonaron para unirse á la caballería de César que acababan de encontrar.

(3) Ciudad de la Campania. llamada así para distinguirla de Teano, en Apulia.

(4) T. Ampio Balbo fué quien durante la guerra civil, en la que defendía á Pompeyo, tuvo el atrevido proyecto de arrebatar el tesoro del templo de Diana en Efeso. La repentina llegada de César impidió la ejecución.

el celo y la influencia que tiene en esta colonia. Salí de Capua con los cónsules y volví por orden de éstos el día de las nonas de febrero (1); pasé allí tres días y regresé á Formiano.

»¿Qué proyectos tienes? ¿cuál es tu plan? lo ignoro. Si quieres conservar la costa, cuya población es excelente y que es posición importante, tanto por sus ventajas materiales como por el efecto moral de la ocupación, creo fácil la defensa; pero se necesita un jefe militar. Si, por el contrario, te propones reconcentrar tus fuerzas, dispuesto estoy á reunirme contigo, que es lo que más deseo, como te dije á nuestra salida de Roma. Hase podido sospechar de mi celo, pero no me cuido de ello con tal de que tú no pienses de la misma manera. Y si, como supongo, se decide la cuestión por las armas, haré de manera que todos queden contentos.

«Te envío á M. Tullo mi secretario, á quien, si quieres, puedes entregar alguna carta para mí.»

«Cneo el Grande, procónsul, á Cicerón, imperator, salud.»

»Celebraré que te encuentres bien de salud. He recibido tu carta, y con placer he reconocido tu antigua adhesión á la República. Los cónsules se han reunido al ejército que tenía en la Apulia. Por ese admirable patriotismo jamás desmentido en tí, te ruego vengas, á fin de que deliberemos juntos acerca de las mejores medidas que pueden tomarse en la aflictiva situación de la República. Sigue la vía Apia y apresúrate á venir á Brindis.»

(1) 5 de febrero.

«*M. Cicerón, imperator, á Cneo el Grande, procónsul, salud.*

»Al escribirte á Canusio (1) estaba lejos de suponer que los asuntos de la República te llevarían á pasar el mar, y esperaba que, sin salir de Italia, podría concluirse un convenio, tan de desear, ó sostener la lucha con honor. No habías recibido todavía mi carta cuando conocía tu rescusión y las órdenes de que habías encargado á D. Lelio (2) para los cónsules. Sin esperar tu contestación, partí con mi hermano Quinto y mis hijos, con objeto de reunirme contigo en Apulia. Al llegar á Teano Sidicino, tu amigo C. Messio (3) me dijo, y por otros muchos conductos se me repitió, que César marchaba en dirección á Capua y que aquel mismo día llegaría á Esernia (4). Trajéronme tu carta al cónsul Léntulo, en la que decías haber recibido una de L. Domicio, fechada el xiii de las kalendas de marzo (5), de la que incluías copia: que reclamando el interés público la reconcentración inmediata, no debía dejar en Capua más que la guarnición indispensable. Deduje, como todo el mundo, que ibas á marchar sobre Corfinio con todas tus fuerzas; pero como César acampaba á la vista de la ciudad, no podía aventurarme en aquella dirección. Encontrábame en esta terrible incertidumbre, cuando supimos, mi hermano y yo, el acontecimiento de Corfinio y tu movimiento sobre Brindis. Un solo pensamiento tuvimos los dos, el de seguirte; pero gentes que venían de Samnio y de la Apulia

(1) Ciudad de los confines de la Campania y de la Apulia. Pompeyo marchó allí desde Luceria, después de enterarse de lo que había ocurrido en Corfinio.

(2) D. Lelio Balbo había sido tribuno del pueblo en 699.

(3) Defendió á Pompeyo, y muerto éste, pasó á César, á quien sirvió en la guerra de Africa.

(4) En el país de los Samnitas, cerca de la fuente de Vulturno.

(5) 17 de febrero.

nos dijeron que nos exponíamos á quedar cortados por César, que marchaba en la misma dirección con tal rapidez que nos quitaba toda esperanza de adelantarnos. Mi hermano y yo pensamos entonces, y todos nuestros amigos también, que, tanto por el interés público como por el nuestro, no convenía exponernos temerariamente; persuadidos además de que no podíamos llegar á tiempo para reunirnos contigo, aunque el camino estuviese libre.

»Entonces recibí tu carta de Canusio del x de las kalendas de marzo (1), en la que me dices marche apresuradamente á Brindis: como se me entregó el iii de las kalendas (2), estaba seguro de que habrías llegado tú. Por todas partes nos encontrábamos cortados y tan poco libres en nuestros movimientos, como si hubiéramos compartido el cautiverio de nuestros amigos de Corfinio; porque tanto importa haber caído en manos de los soldados, como estar encerrado sin salida, con guarniciones ó ejércitos enemigos por todos lados. Esta es mi posición. ¡Cuánto lamento no haberme encontrado contigo! Así lo deseaba desde el principio y te lo manifesté con mi repugnancia á marchar á Capua: no era por rehusar una misión penosa, sino que veía claramente que, sin ejército, no podría resistir la ciudad, y temía por mí el extremo á que después he tenido el dolor de ver reducidos á tantos hombres valerosos. Sea como quiera, ya que esto no ha sucedido, hubiese querido al menos que me hubieras dado á conocer tus proyectos, que no podía adivinar. Todo lo hubiese creído menos imaginar que, teniéndote por jefe, no pudiera sostenerse en Italia la causa de la República. No quiero reconvenirte, pero lloro el destino de la República: aunque, por no comprender tus razones, no debo dejar de creer que las tengas poderosas para obrar de esa manera. Recordarás que desde

(1) 20 de febrero.

(2) 27 de febrero.

el principio estuve por que se mantuviese la paz á toda costa; después por permanecer en Roma, y nada digo de Italia, porque nunca dejaste entrever ni la menor indicación de salir de ella. No tengo la vanidad de creer que debió seguirse mi opinión; así es que me he conformado con la tuya, no á causa de la República, de la que desde el primer momento desesperé y que actualmente se encuentra tan abatida que no puede levantarse sin la más desastroso de las guerras civiles. Pero quería reunirme contigo; quería estar donde tú estuvieses: y esto es lo que deseo actualmente, si hay medio de conseguirlo.

»No ignoro que, en medio de todas estas circunstancias, no puedo ser grato á los que quieren la guerra á toda costa. Pero desde el principio lo proclamé, nada hay que prefiera á la paz. Verdad es que aliento iguales temores que sus adversarios, pero desaparecen para mí ante los males de la guerra civil. Más adelante, cuando una vez declarada la guerra, ví que escuchabas proposiciones de acomodamiento y que otorgabas las condiciones más amplias y honrosas, creí poder pensar en mí mismo y esperaba hacerte compartir mis propósitos, habiendo recibido de tí tantas pruebas de afecto. Recordaba cuántas miserias y desgracias me había valido mi abnegación por la República. Presentarme en oposición personal á César, cuando mi partido le ofrecía, teniendo ya empuñada la espada, el consulado y el triunfo más brillante, era renovar para mí solo los mismos sinsabores: porque cualquier mal ciudadano encuentra como medio de popularidad atacarme. Nada anticipaban mis temores; la amenaza se me ha hecho y en alta voz; y menos he temido los efectos, que justo me ha parecido procurar sustraerme á ellos, pudiendo hacerlo sin deshonra.

»Esta ha sido la clave de mi conducta, durante el corto tiempo que se ha hablado de paz; después me han dominado las circunstancias. Mi contestación es fácil para los que

me censuren. Nunca he sido más amigo de César que ellos; y ellos nunca fueron más amigos que yo de la República. Solamente existe una diferencia entre su patriotismo, que respeto, y el mío, que no ha carecido de cierta gloria; y es, que quieren decidir por la espada lo que yo hubiese querido, como tú, si te he comprendido bien, terminar por medio de una reconciliación. Ha prevalecido su opinión; sólo me queda que permanecer, como ciudadano, fiel á la República, y como amigo, fiel á tu amistad.»

CARTA XII.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Sufro más que nunca de los ojos; pero prefiero dictar á que marche nuestro querido amigo Galo Fadio sin llevarte algunas líneas. Ayer pude aún bien ó mal escribirte de mi puño la carta cuyos vaticinios deseo que no se realicen. Hoy te escribo para que no pase día sin hacerlo, y además para rogarte dediques algunos momentos, que muy pocos necesitarás, al examen de lo que debo hacer, y á la exposición clara de tu pensamiento acerca de este asunto. No estoy ligado aún en manera alguna. Para todo lo que no he hecho he tenido motivos, no diré plausibles, pero sí perentorios para abstenerme. Tenía fundamento para negarme al mando de Capua, que no se encontraba en estado de defensa y donde me hubiesen hecho responsable de la lentitud con que se verificaban las levas, y tal vez hasta se me hubiese considerado sospechoso de traición. Cuando L. César y Fabato me transmitieron las proposiciones de paz, cierto es que procuré no ofender á un hombre á quien había visto ofrecer por Pompeyo el consulado y el triunfo, en el momento mismo en que por una y otra parte se había desenvainado la espada.

Menos aún pueden censurarme no haber, en último extremo, pasado el mar. En primer lugar, el asunto bien merecía reflexión; y en segundo lugar, no he podido hacerlo. ¿Podía adivinar que iba á embarcarse Pompeyo, cuando sus cartas, (1) que tú interpretas como yo, no permitían dudar que marchaba en socorro de Domicio? Mucho me agradaba poder meditar despacio lo que debía hacer. Ya me has hecho presentir tu opinión, pero necesito una formalmente motivada; consideraciones que abarquen más de lo presente, un cuadro completo de lo que me conviene hacer y dónde puedo ser más provechoso para la República. ¿No piden las circunstancias un mediador? ¿No hay ocupación más que para los guerreros? Yo, que mido toda la escala del deber, no dejo de recordar los consejos que me dabas en la época de mi destierro, consejos que me hubieran librado de muchos males si los hubiera seguido. Recuerdo especialmente lo que hiciste me dijeran Theófanes y Culeón, y no sin gemir ¡amargamente. Volvamos, pues, á aquellos cálculos que tan mal hice en otro tiempo en despreciar. Sigamos siempre los consejos del honor, pero sin cerrar completamente los ojos acerca de lo que puede perjudicarnos. En último caso, no pretendo señalarte el camino: deseo tu opinión con absoluta independenciam. Procura también averiguar (puesto que tienes medios para ello) lo que hacen Léntulo y Domicio, cuáles son sus propósitos, en qué disposiciones se encuentran. ¿De quién se quejan? ¿á quién acusan? ¿A quién, he dicho? ¿de quién sino de Pompeyo? Pompeyo lo atribuye todo á Domicio, como verás por las cartas cuya copia te repito. Medita sobre todo esto, y no olvides enviarme el tratado *De la Concordia* de Demetrio Magnesio que ya te he pedido.

(1) Sin duda estas cartas de Pompeyo tenían por objeto engañar á sus amigos acerca de su resolución de pasar el mar.

«Cneo el Grande á C. Marcelo y L. Léntulo, cónsules»

»Bien había previsto que, diseminados como estamos ni podíamos servir á la República ni ayudarnos mutuamente. Por esta razón escribí á Domicio trajese personalmente todas sus fuerzas, ó al menos las diez y nueve cohortes (1) en marcha desde el Piceno. Mis temores se realizan: Domicio se encuentra rodeado, sin fuerzas suficientes para formar un campamento, porque mis diez y nueve cohortes y las doce que tiene él están repartidas en tres ciudades, parte en Alba y parte en Sulmona. Hoy no puede ya libertarse ni reunirse conmigo, aunque lo desee: mi indecisión es extraordinaria al ver comprometidos á tantos hombres valerosos. Quisiera socorrerles y no puedo, porque no es posible pensar en llevar allí nuestras dos legiones (2), de las que, en último caso, no he podido reunir más que catorce cohortes. Ha sido necesario poner guarnición en Brindis, y tampoco he querido dejar completamente desguarnecido á Canusio en mi ausencia.

»Esperaba tener más fuerzas á mi disposición, y había encargado á D. Lelio te dijese que, si lo considerabas oportuno, sería conveniente viniese á reunirse conmigo uno de vosotros y que el otro pasara á Sicilia con las tropas reunidas tanto en Capua como en las cercanías, á las que se incorporarían las recientes levadas de Fausto. Domicio hubiese marchado á reunir allí las doce cohortes, y el resto del ejército se hubiese reconcentrado en Brindis para pasar por mar á Dirraquio. Ahora ya es tarde. Ni tú ni yo podemos ir á libertar á Domicio: que procure reti-

(1) Las catorce de Vibullio y las cinco de Hirro. Todas estas tropas, comprendiendo en ellas las de Domicio, se habían rendido á César, que las había enviado á Sicilia.

(2) Las dos legiones que César prestó á Pompeyo.

rarse por las montañas. Sólo nos resta que impedir al enemigo se acerque á las catorce cohortes, cuyo espíritu me parece dudoso, y que inquiete mi movimiento.

»He creído por tanto conveniente, y así piensan C. Marcelo (1) y todos los senadores presentes, marchar á Brindis con todas mis fuerzas. Por tu parte reúne cuantas tropas puedas y ven apresuradamente á reunirme conmigo. Distribuye entre tus soldados las armas que debías enviarme, y si sobran procura remitirlas á Brindis, con lo que se presta importante servicio á la República. Comunica estas resoluciones a todos nuestros amigos. Los pretores P. Lupo y C. Coponio (2) tienen orden de venir á reunirse con nosotros y de entregarte las tropas de que disponen.»

«Cneo el Grande, procónsul, á Domicio, procónsul, salud.»

»Me extraña no recibir cartas tuyas y enterarme por otros del detalle de las operaciones. Separados no podemos sostener la lucha: reconcentrando nuestras fuerzas, aún me lisonjeo de conseguir la salvación de la República y la nuestra. Según me escribe Vibulio, debías salir de Corfinio con tus fuerzas el v de los idus de febrero y dirigirte hacia mí, y me asombra que hayas cambiado de resolución; porque la causa á que lo atribuye Vibulio es frívola, suponiendo que te has detenido porque se dice que César ha hecho un movimiento desde Firmo hacia el campamento de Truento (3). Cuanto más se esfuerza el enemigo en alcanzarte, más debes apresurarte tú en reunirme conmigo, con objeto de no darle tiempo para que embarace tu marcha ó corte nuestras comunicaciones. Te ruego

(1) Uno de los cónsules.

(2) Pasó el mar con Pompeyo, y más adelante tuvo el mando de la escuadra de Rodas.

(3) Firmo, Truento, ciudades del Piceno.

otra vez y te suplico, como no he cesado de suplicarte en mis cartas anteriores, que llegues cuanto antes á Luceria, y no permitas que César, que evidentemente quiere reconcentrar sus tropas, consiga interponerse con sus masas entre nosotros. Si hay personas que quieran detenerte por el interés de sus casas de campo, concédeme al menos lo que sería injusto negarme. De Piceno y de Camerino han partido cohortes abandonando sus bienes: mándamelas.»

«Cneo el Grande, procónsul, á L. Domicio, procónsul, salud.»

«Calenio me ha traído una carta tuya fechada el xiv de las kalendas de marzo en la que me dices tienes el propósito de observar á César, y si se dirige contra mí por la costa, venir en el acto á incorporarte conmigo en Samnio. Si, por el contrario, conserva sus posiciones y amaga el ataque, estás decidido á librar batalla. En esto reconozco tu decisión y valor; pero examinemos detenidamente si, separados como nos encontramos, podemos hacer frente á un enemigo tan poderoso ya por el número de sus soldados, y que muy pronto lo será mucho más. La prudencia te exige que consideres no solamente las fuerzas que puede oponerte hoy, sino tener en cuenta las que de un momento á otro puede reunir de infantería y de caballería. Acerca de esto no dejan la menor duda las cartas que recibo de Bussenio, qu en me escribe, y otros lo confirman, que Curión ha reunido las guarniciones de la Umbría y de la Toscana y que están en marcha para incorporarse á César. Una vez reunidas estas fuerzas, César enviará una parte á Alba, y con la otra, encontrándose bastante fuerte con su posición, te estrechará sin atacarte: here ya paralizado por completo, y encontrándete solo, con tantas tropas encima, ni siquiera podrás enviar á forrajear en los campos.

«Ruégote, pues, que traigas tus tropas apresuradamente

y vengas á reunirme conmigo. Los cónsules van á hacer lo mismo. Según te dije expresamente por medio de Metus-cilio, es punto de capital importancia no exponer solas las dos legiones al contacto de César. Necesario es disponer anticipadamente de las cohortes del Piceno. Así, pues, no te alarmes si oyes decir que me replego si César se dirige contra mí; porque deseo ante todo no dejarme envolver. Imposible formarme un campamento, impidiéndomelo la estación y el inseguro espíritu de los soldados. Por otra parte, no puedo desguarnecer las plazas sin privarme de antemano de toda retirada: por esta razón no he reconcentrado mas que catorce cohortes en Luceria. Los cónsules deben traerme todas las fuerzas disponibles ó llevarlas á Sicilia. Nos es indispensable una de dos cosas: ó un ejército en disposición de forzar al enemigo, ó una posición en que podamos mantenerle en suspenso. Carecemos del uno y de la otra. César es dueño de casi toda la Italia, y nuestro ejército no es comparable al suyo ni en valor ni en número. Guardemos de arriesgar en un solo golpe la muerte de la República. Así, pues, te ruego reiteradamente que vengas cuanto antes con tus tropas á reunirme conmigo. Obrando de concierto podemos levantar la República: si nos separamos, seremos demasiado débiles. Esto es evidente.

»Escrita esta carta, recibo la tuya que me trae Sicca con tus instrucciones. Quieres que me acerque á tí y así lo deseo; pero creo que no puedo hacerlo, porque no confío por completo en mis legiones.»

«Cneo el Grande, procónsul, á L. Domicio, procónsul, salud.

»He recibido tu carta del xiii d. de las kalendas de marzo (1), en la que me dices que César ha tomado posición

(1) 16 de febrero.

cerca de Corfinio, y esto es precisamente lo que había previsto y anunciado. No emprenderá otra operación contra tí, queriendo solamente envolverte con sus masas, cortarte el paso é impedir la unión de tus excelentes tropas, tan bien dispuestas, con las mías, de las que tan inseguro estoy. Por esta razón me contrista profundamente la noticia que me das. No puedo confiar bastante en mis soldados para confiar á las vicisitudes de una batalla la salvación de la República, y no dispongo todavía de las nuevas tropas que los cónsules han levantado. Libértate, pues, á toda costa, y acúe aquí antes de que el enemigo haya conseguido reconcentrar sus fuerzas. No pueden hacerse marchas forzadas con levadas recientes, y aunque se pudiese no intentaría oponer á veteranos estos bisonos que ni siquiera se conocen aún.»

CARTA XL.

CICERÓN A ÁTICO. SALUD.

Continúa mi fluxión á los ojos, como te lo demostrará la letra extraña de esta carta, y también su brevedad: verdad es que tampoco tengo nada que decirte; todas las miradas se dirigen á Brindis. Si nuestro Cneo ha podido llegar allí, quedan algunas esperanzas de paz; pero si no llega hasta después del paso, necesario es temer terrible guerra. ¿Ves en qué manos ha caído la República? ¡Qué penetración! ¡qué actividad! ¡qué vigilancia! Si con esto no proscriben ni despojan á nadie, los que más le temían van á ser sus mejores amigos.

He hablado muchas veces con habitantes de las ciudades municipales y con campesinos. El único cuidado que éstos tienen es su campo, su hogar y sus cortos in-

tereses. ¡Y contempla qué cambio de ideas! Hoy temen á aquel en quien cifraban antes toda su confianza, y aman á aquél á quien temían. No puedo pensar sin dolor en las faltas é insensateces que ha producido esta revolución. Te he dicho cuántos males nos amenazan: ahora espero tus cartas.

CARTA XIV.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

No dudo que te será molesta una correspondencia diaria que nada nuevo te dice y en la que aparece agotado el asunto mismo de las reflexiones. Y á la verdad, mal haría yo en enviarte mensajeros con cartas vacías. Pero si se presenta ocasión, no puedo renunciar al placer de escribirte, sobre todo cuando marcha algún criado mío: escribiéndote, paréceme que hablo contigo; siendo esto para mí como momento de reposo en medio de nuestras desgracias, y con mucha más razón cuando recibo alguna carta tuya. Después de esta serie de derrotas y de terrores pánicos, no hemos tenido período más estéril en noticias. En Roma no se sabe nada y aquí tampoco, aunque estamos dos ó tres jornadas más cerca de Brindis. Allí es donde va á terminar la primera parte de la lucha, y me devora cruel ansiedad. Pero seremos los primeros en enterarnos. He sabido que César y Pompeyo partieron en el mismo día (el de la fiesta de los Manes) (1), el uno de Corfinio, después de mediodía; el otro de Canusio, por la mañana. Pero César camina con tal rapidez, y sus diarias larguezas de tal ma-

(1) Fiestas en honor de los Manes: se celebraban el 21 de febrero.

nera entusiasman á los suyos, que temo llegue á Brindis antes de lo que conviene.

Me dirás sin duda:—¿De qué sirve atormentarse anticipadamente por un resultado que se conocerá pasados dos ó tres días?—De nada seguramente. Pero me gusta decirte todo cuanto se me ocurre. Te diré además que me encuentro muy vacilante en mi resolución tan bien tomada. No veo suficiente analogía entre mi persona y los que me presentas como modelos: por ejemplo, ¿qué acto de valor citarás? ¿qué rasgo de grandeza puede esperarse de ellos? Y no es, á fe mía, que apruebe á los que han cruzado el mar para prepararse á una guerra cuyos desastres preveo (aunque la conducta de César fuese intolerable); pero se me presenta en medio de todo esto un hombre cuya fuga creo que debo compartir, ó regresar vencedor con él á la patria restaurada.—¿Otro cambio de resolución? dirás.—No, delibero contigo como podría hacerlo conmigo mismo. ¿Qué ánimo, en caso semejante, no experimentaría alguna incertidumbre? Deseo obtener de tí una opinión que confirme la mía ó la modifique. Con tal objeto me importa muchísimo saber qué va á hacer Léntulo (1). Acerca de Domicio se dicen cosas distintas. Unos le suponen en Tíbur con Lépido; según otros, se ha aproximado á Roma con él. Las dos noticias son falsas. Lépido, en efecto, pretende que Domicio ha conseguido evadirse: ¿ha encontrado algún asilo ó llegado al mar? Se ignora. No le es menos desconocida la suerte de su hijo. Añade una circunstancia muy desagradable para Domicio: no le han entregado una cantidad de dinero bastante considerable que tenía en Corfinio (2). No tenemos noticias de Léntulo. Procura conseguir las y entérame.

(1) Léntulo Spinter pensaba someterse á César.

(2) Este es un error. Habiendo ofrecido á César los *dunviros* de Corfinio seis millones de *sextercios* que Domicio había llevado al

CARTA XV.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

El v de las nonas de marzo (1) me remitió Egipta algunas cartas tuyas; la más retrasada (2), del iv de las kalendas, de la que habías encargado á Pinario, á quien no he visto. Esperabas el resultado de una misión de Bibulo, quien si siquiera vió á César (3), como después supiste, según me dices en tu segunda carta. Ansioso estabas también por el resultado de mi entrevista con César: procuro evitar su encuentro. Apruebo por completo tu proyecto de retirada y cambio de vida. Todavía no te había sido posible saber si Domicio había conservado ó no los haces (4): procura enterarme de ello en cuanto lo sepas. Esto en cuanto á tu primera carta.

Las dos siguientes están fechadas en la víspera de las kalendas (5): mi resolución, como ya te dije, estaba muy quebrantada, y ahora he renunciado por completo á ella. Y no es que me conmueva mucho lo que me dices de que *no va á respetar ni al mismo Júpiter*, porque en achaque de resentimiento, lo mismo puede temerse de un lado que

Tesoro público, César se los devolvió para que no se creyese que respetaba más la vida de los hombres (había puesto en libertad á Domicio) que su dinero. (*De Bell. Civ.*)

(1) 3 de marzo.

(2) 26 de febrero.

(3) Tanto le vió, que le hizo prisionero y le puso en libertad.

(4) Domicio era procónsul de la Galia, habiéndole tocado en suerte esta provincia. Si abandonaba los haces, parecería que los sacrificaba á César, procónsul efectivo de las Galias, y por lo tanto se le sometía. Esto es lo que quería saber Cicerón.

(5) 27 ó 28 de febrero.

de otro; y por incierta que esté la victoria, creo que la mala causa tiene más probabilidades. Tampoco me impresiono mucho el ejemplo de los cónsules, porque no son más ligeras que ellos la pluma ó la hoja. Cualquier viento les hace cambiar. ¿Qué exige el deber? Esto es lo que me ha atormentado hasta ahora y sigue atormentándome. Permanecer aquí es más seguro; partir dicen que es más digno. Algunas veces pienso que es preferible que la multitud no me crea prudente, á que algunos no me crean honrado. Me preguntas acerca de Lépido y de Tulo: las personas bien informadas no dudan que cederán al deseo de César y volverán al Senado.

Paso á tu última carta, fechada el día de las kalendas (1): en ella haces votos por una conferencia, y no supones desesperada la paz. En el momento en que te escribo, no se han visto, y creo, si se ven, que Pompeyo acceda á ningún arreglo. Parece que no dudas acerca de lo que debo hacer si los cónsules pasan el mar (2). Sin duda lo pasarán, si ya no lo han pasado, según la marcha que llevan las cosas; pero ten en cuenta que, exceptuando Appio (3), apenas hay alguno que no esté autorizado para embarcarse, unos como provistos de mandos, como Pompeyo, Escipión, Sufenas, Faronio, Voconio, Sextio; los mismos cónsules, en virtud de la antigua costumbre que les abre todas las provincias; los otros como legados de los que acabo de nombrar. Pero ya no discuto; veo cuál es tu opinión, y diré más, cuál es mi deber. Te escribiría más extensamente si pudiese hacerlo por mí mismo. Creo que podré hacerlo pasados dos días.

(1) Del 1.º de marzo.

(2) Claudio Marcelo y Léntulo fueron los primeros que pasaron el mar; pocos días después lo hizo Pompeyo.

(3) Siendo entonces censor Appio Pulquer, no podía pasar el mar, porque no tenía mando como Pompeyo, que era procónsul de España.

Te remito copia de una carta de Balbo Cornelio que he recibido al mismo tiempo que las tuyas; y te la remito para que me compadezcas al ver cómo se burlan de mí (1).

«Balbo á Cicerón, imperator, salud.»

»Ruégote, oh Cicerón, pongas manos á la obra, que es tarea digna de tu virtud. La perversidad de los hombres ha separado á César y Pompeyo, y es indispensable trabajos para reunirlos. Si quieres desempeñar tan hermoso papel, no solamente caerá César bajo tu influencia, sino que además, créeme, creará deberte inestimable beneficio. Quisiera hicieses lo mismo con Pompeyo, y antes deseo que espero acceda á ello en la posición en que se encuentra; pero sin duda se detendrá, sin duda se repondrá de su terror, y entonces podré esperar mucho de tu influencia sobre él.

»Has decidido al cónsul Léntulo á no alejarse más. César te lo agradece mucho, y yo te lo agradezco mucho más, porque ni al mismo César quiero tanto como á Léntulo. Si se hubiese dignado escucharme, como hacía siempre; si no hubiese evitado por completo y repetidas veces toda conversación conmigo, no experimentarí yo los disgustos que estoy experimentando. Imagina mis tormentos cuando en el hombre que tanto estimo no veo bajo la toga consular nada de un cónsul: pero que se decida á seguir tus consejos, á confiar en mí relativamente á las intenciones de César, á terminar su consulado en Roma, y comenzaré á creer posible entre César y Pompeyo una inteligencia que tendría al Senado por intermediario, á tí por consejero y á

(1) Cornelio Balbo quería persuadir á Cicerón de que César deseaba la paz. La quería efectivamente si cesaban todos de oponérsele. Parece que Balbo se equivocaba acerca de los sentimientos de César, y Cicerón antes debió compadecerle que sospechar que quería burlarse de él.

Léntulo por órgano. Si veo este hermoso día, habré vivido bastante.

»Sé que apruebas la conducta de César en los acontecimientos de Corfinio; lo más hermoso es que no haya corrido sangre en tales circunstancias. El placer que te ha producido la llegada de mi querido Balbo, de nuestro querido Balbo debo decir, me regocija y deleita. Seguro estoy de que todo cuanto te dirá de César, todo cuanto César te escribe, es completamente cierto, como te demostrarán los acontecimientos, cualquiera que sea el fallo de la fortuna.»

CARTA XVI.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Todo lo tengo previsto: solamente me queda que ganar secretamente por camino seguro el mar superior (1). El de Toscana es impracticable en la estación actual. Mi espíritu está allá y la necesidad me llama. Mas ¿por dónde iré? Indispensable es, sin embargo, acelerar la marcha, si no quiero verme detenido y encerrado aquí. Y no es que quiera seguir, aunque así lo parezca, á ese hombre, á quien ya conocía como el último de los políticos y que acaba de mostrarse el último de los de guerra. No, no es á ése á quien sigo, pero temo á lo que acaba de decirme Filótimo. Según me refiere, los magnates me triturarán. ¡Qué magnates, buenos Dioses! ¡Con cuánto apresuramiento acuden ahora á César! Considera los municipios; le adoran como á un dios, y con tanto entusiasmo como antes hacían votos por la salud del otro (2). Agradécese

(1) El mar Adriático.

(2) El mismo Cicerón dice (*Tuscul. 1.^a*) hablando de este enfer-

á este nuevo Pisistrato el daño que no hace, y tanto como si impidiese hacerlo. Todos procuran tenerle propicio, y al otro solamente se le considera inflamado por la ira. ¡Qué multitud envía cada ciudad al encuentro del vencedor! ¡Qué honores se le tributan!—Es porque le temen, dirás.—Mucho más, á fe mía, temen al otro. Atrae la fingida clemencia del uno, y causa alarma el despecho que se atribuye á aquél. No pasa día sin que vea á alguno de los ochocientos cincuenta jueces que le eran tan adictos (1). Desde Luceria los espanta. Quisiera conocer á esos magnates que me destierran, mientras permanecen ellos tranquilos en sus hogares. Mas ¿qué me importan sus nombres? αἰδέομαι Τρωάς. Pero ya veo qué esperanzas puedo tener al partir. El hombre á cuya suerte uno la mía, tiene cuanto necesita para devastar la Italia, pero no para conseguir la victoria. ¿Qué espero, pues? Espero noticias de Brindis, hoy iv de las nonas (2). ¿Y qué noticias? Que ha huído vergonzosamente; que el vencedor viene por este ó el otro camino. Cuando lo sepa, si viene por la vía Appia, marcharé yo por Arpino.

medad de Pompeyo: «Encontrándose en Nápoles, cayó gravemente enfermo. Cuando pasó el peligro, toda la ciudad se coronó de flores; Puzzola hizo lo mismo; las ciudades inmediatas mostraron su regocijo con fiestas públicas... Si hubiese muerto entonces... hubiera escapado á muchas penas y muy crueles.»

(1) Debe entenderse todos los jueces sacados de los tres órdenes del Estado. Treccientos se sorteaban del Senado; los otros de los caballeros y tribunos del Tesoro.

(2) El 4 de marzo.